

La Cerdanya y el Pirineo oriental durante el periodo ibérico (siglos VI-II a. n. e.). Logros y límites de la investigación*

Oriol Olesti Vila¹, Jordi Morera Camprubí², Joan Oller Guzmán¹



© de los autores

Recibido: 22/01/2022

Aceptado: 30/08/2022

Resumen

El estudio de la ocupación de las áreas altimontanas durante el periodo ibérico debe hacerse en el marco histórico y territorial en el que estas comunidades ibéricas se desarrollaron: en el caso del Pirineo oriental, la *civitas* de los cerretanos. El artículo analiza las pautas sociales y territoriales de los cerretanos y la complejidad de sus formas de producción, donde la ganadería jugó un papel muy importante. A nivel metodológico, se pone de manifiesto la necesidad de desarrollar excavaciones en extensión, no solo por la exigencia de llevar a cabo las imprescindibles baterías de analíticas bioarqueológicas, sino también para poder entender las diferencias internas en el seno de estas comunidades jerarquizadas. No podemos entender las ocupaciones altimontanas si no tenemos también en consideración su proyección hacia los territorios ubicados en cotas más bajas, es decir, si desconocemos el verdadero alcance de sus pautas territoriales y sociales en conjunto.

Palabras clave: Pirineo oriental; cerretanos; edad de hierro ibérica; *oppida*

Abstract. *The Cerdanya and the Eastern Pyrenees during the Iberian period (VIth-IIth centuries BCE): Research achievements and limitations*

The study of the occupation of high mountain areas during the Iberian period needs to take into consideration the historical and territorial context in which these societies developed: in the case of the Eastern Pyrenees, this is the *civitas* of the *Cerretani*. The article analyses the

* Este trabajo ha sido realizado en el marco de los proyectos *Control, gestión y explotación del territorio en la Hispania Romana*, PID2021-122879OB-I00, del MINECO, y *Paisatge i territori a la Cerdanya antiga-3, PATCA-3*, de la Generalitat de Catalunya, desarrollados desde el área de Història Antiga del Departament de Ciències de l'Antiguitat i de l'Edat Mitjana de la UAB. También ha contado con dos ayudas de la Fundació PALARQ para analíticas (2019-2022). Debemos agradecer aquí también el trabajo de estudiantes y arqueólogos que han contribuido a realizar las excavaciones del equipo en los últimos 20 años. También a los colaboradores más directos, como Oriol Mercadal (†), Sara Aliaga, Joan Ferrer, Lidia Colominas, Anna Berrocal, Marta Portillo, Quim Sisa, Jose M. Carrasco, Adrià Cubo, Jordi Pasques y Noemi Luault. Oriol Olesti y Joan Oller son profesores de Historia Antigua en el Departamento de Ciències de l'Antiguitat i de l'Edat Mitjana de la UAB. Jordi Morera es profesor tutor en la Universitat Oberta de Catalunya.

1. Universitat Autònoma de Barcelona. Departament de Ciències de l'Antiguitat i de l'Edat Mitjana. oriol.olesti@uab.cat; joan.oller@uab.cat
2. Universitat Oberta de Catalunya. jmoreracam@uoc.edu

social and territorial extent of the *Cerretani*, and the complexity of their modes of production, in which livestock activities played a very important role. At a methodological level, extensive excavations are necessary, not only to expand essential bioarchaeological analyses, but also to understand the internal differences within these hierarchical communities. We can't evaluate the occupation of high mountain areas if we don't also consider how they affected lower areas; in other words, if we do not understand the true extent of both their territorial and social reach.

Keywords: Oriental Pyrenees; *Cerretani*; Iron Age-Iberian Period; *Oppida*

OLESTI VILA, Oriol; MORERA CAMPRUBÍ, Jordi; OLLER GUZMÁN, Joan (2023). «La Cerdanya y el Pirineo oriental durante el periodo ibérico (siglos VI-II a. n. e.). Logros y límites de la investigación». *Treballs d'Arqueologia*, 26, 203-233. DOI: 10.5565/rev/tda.134

Son diversos los equipos de historiadores y arqueólogos que en los últimos 30 años han puesto de manifiesto la notable penetración de las formas económicas y sociales romanas en el Pirineo oriental, un área hasta hace poco tiempo considerada marginal y ajena al proceso de romanización³. Ya desde mediados del siglo II a. n. e. la presencia militar y administrativa romana se afianzó en algunas áreas clave (como, por ejemplo, la comarca de la Cerdanya), lo que contribuyó a la transformación y a la integración de sus poblaciones bajo nuevas formas de producción y de poblamiento. Este proceso culminaría con la eclosión del fenómeno urbano, documentado en *civitas* como *Iulia Libi-ca* (actual Llívia, Cerdanya), especialmente a partir de época augusta (Olesti et al., 2014). La reciente localización de una inscripción rupestre dedicada por los magistrados (*quattorviri*) de Llívia, todos ellos *cerretani* de origen indígena y antropomía ibérica, confirma hasta qué punto la integración de estas poblaciones al

modelo urbano fue rápida y profunda (Ferrer et al., 2018).

Más compleja, sin embargo, ha sido la identificación del periodo prerromano o ibérico en estas mismas áreas, donde fenómenos como la concentración del poblamiento en torno a estructuras protourbanas (*oppida*), o el mismo fenómeno de la iberización, han sido documentados en menor medida, hasta el punto de que en algunas comarcas pirenaicas puede incluso hablarse de un verdadero vacío documental⁴.

Esta diversidad lleva a plantearnos algunas cuestiones que no pretendemos resolver aquí, pero sí al menos poner de manifiesto respecto a nuestros propios trabajos y a nuestra metodología de análisis: ¿el estudio en zonas test pirenaicas permite validar interpretaciones globales sobre otras zonas?, ¿cuál es la verdadera dimensión territorial de las sociedades que estudiamos?, ¿qué modelos de interpretación podemos aplicar para cada uno de los periodos históricos identificados?,

3. Véase Llovera (1995), Rendu (2003), Olesti y Mercadal (2017), Campmajó et al. (2017), Palet et al. (2017), García y Gassiot (2022).

4. Morera (2017), Oller et al. (2018), Morera et al. (2020), Olesti (2020).

¿tenemos suficientes herramientas para establecer una buena cronología y, por lo tanto, una buena secuencia histórica de los cambios detectados?

No se trata, en ningún caso, de una crítica a los trabajos llevados a cabo. Al contrario, toda esta base documental y analítica producida por diversos equipos investigadores en los últimos años era la condición necesaria para poder plantearnos ir más allá en la interpretación de la evolución histórica de estas comunidades, la tarea última del historiador. Por fortuna, estos avances han permitido contar con un volumen consolidado de información válida y pertinente, que difícilmente podíamos prever cuando iniciamos los trabajos de investigación arqueológica e histórica en el año 1990 en la Cerdanya, junto al malogrado amigo y gran investigador Oriol Mercadal⁵. El auge de los trabajos arqueológicos en extensión, el desarrollo de los estudios paleoambientales, la aplicación de técnicas de prospección sistemática en zonas montañosas, el uso de la teledetección, etc. han permitido plantear nuevos modelos e incidir en nuevas problemáticas, pero quizás ha llegado también el momento de replantear algunas visiones, abriendo el campo a nuevos paradigmas.

Lo haremos centrándonos tan solo en el periodo ibérico, o Segunda Edad del Hierro, destacando algunos hitos claros en la reciente investigación y analizando algunos puntos débiles que, a mi modo de ver, tienen todavía margen de mejora.

Esperemos que esta reflexión en voz alta contribuya a ello.

1. Algunas reflexiones sobre las fuentes literarias antiguas

Puede parecer contradictorio que en un trabajo donde la metodología arqueológica sea uno de nuestros objetivos principales, introduzcamos la cuestión de las fuentes literarias antiguas, algo denostadas a veces por la comunidad científica. Sin embargo, debemos ser conscientes que, para el estudio del periodo ibérico, las fuentes grecorromanas siguen siendo básicas, a pesar de todos los problemas inherentes a esta visión exógena y a veces confusa de las comunidades indígenas peninsulares. En el caso pirenaico esta situación se ve agravada por la escasez de fuentes literarias antiguas que se refieran a esta área antes de la llegada de Roma, a pesar de ser los Pirineos una cordillera relativamente bien conocida por los geógrafos griegos y romanos que se ocuparon del extremo occidente mediterráneo⁶.

No es este el lugar para analizar esta documentación en profundidad, pero sí destacar algunos elementos útiles en esta reflexión metodológica. La contraposición entre *datos arqueológicos* objetivos y *datos literarios* subjetivos o no rigurosos, desgraciadamente cada vez más establecida entre la comunidad científica, no tiene sentido si somos capaces de contextualizar histórica y culturalmente esta infor-

5. En 1990 se realizó la primera Carta Arqueológica de la Cerdanya por parte de Oriol Mercadal, Oriol Olesti y Ana Loriente. Puede verse un primer estado de la cuestión sobre los datos que poseíamos en aquel momento en Olesti y Mercadal (2005). A su vez, podemos considerar nuestros trabajos herederos de los pioneros esfuerzos de investigadores como Pierre Campmajó, Josep Padró y, ya más recientemente, Christine Rendu, cuya metodología pluridisciplinaria marcó un hito y un liderazgo clave en la investigación en áreas altomontanas (Rendu, 2003).

6. Sobre estas fuentes, véase Rico (1997) y Olesti (2020).

mación literaria antigua, sujeta a crítica y análisis, como también lo deben ser los datos arqueológicos. En realidad, seríamos incapaces de elaborar un mapa étnico del NE peninsular en la Segunda Edad del Hierro sin los datos de los autores grecorromanos, por muy confusos y contradictorios que estos sean en algunos casos. Quizás una parte del problema radica en ubicar a todas las fuentes en el mismo plano cronológico y cultural, cuando cada una de ellas responde a una tradición y a un momento histórico muy diferente.

A pesar de ello, algunos elementos parecen bien establecidos. Así, las fuentes insisten en un interés del mundo colonial por los recursos pirenaicos desde un momento antiguo, destacando especialmente la plata (Olesti y Mercadal, 2017). El propio nombre griego de la cordillera —originado según Diodoro en el término griego *Pyros*, ‘fuego’— entroncaba con las tradiciones míticas griegas vinculadas a Hércules y a los ríos de plata que manaban de esta montaña (Diod.Sic, 5, 35). En este pasaje, Diodoro menciona los abundantes bosques de la región y como, «antiguamente», unos «pastores dejaron un fuego e incendiaron completamente toda la zona montañosa», en una clara referencia a la práctica de la deforestación para conseguir pastos. Debido al fuego, manó del suelo una gran cantidad de plata, y entonces «los fenicios, que se dedicaban al comercio y se enteraron de lo ocurrido, adquirieron la plata a cambio de otras mercancías de escaso valor». La imagen de «ríos de plata» es sin duda mítica, pero no lo es tanto la identificación

de contaminación de plomo en el área pirenaica central en el siglo IV a. n. e. (Pèlachs et al., 2016: 81), que debe responder a un incremento de la metalurgia (por el momento difícil de explicar), así como los picos de grandes incendios que se han documentado en diversos estudios paleoambientales de la región (por ejemplo en Burg, en el Pallars, datados en el siglo VIII a. n. e. —Pèlachs et al., 2016), que pueden vincularse a esta estrategia ganadera de quema del bosque, pero también a una explotación de recursos mineros. Aunque Diodoro indica que los habitantes del lugar no sabían nada sobre el uso de la plata, tenemos información acerca de que al menos en Llo (Cerdanya) la metalurgia del hierro y la plata era ya dominada en el siglo VII a. n. e., como lo demuestra un magnífico anillo de hierro y plata localizado en el yacimiento⁷.

También la permeabilidad de la cordillera que recogen las fuentes legendarias (con el paso de Hércules como punto culminante) está bien documentada por los ejemplos de productos localizados en yacimientos prehistóricos pirenaicos provenientes de zonas tan alejadas como el área mediterránea (Montlleó —Mangado et al., 2015—), el suroeste peninsular o el área italiana (La Colomina de Bor —Gallart et al., 2017—). A este respecto, creemos que el interés fenicio por los metales pirenaicos, explícito en las fuentes, puede sin duda aportar notables novedades en los próximos años.

También complejo es el mapa étnico de la región, en buena parte debido al mejor conocimiento de los autores grecor-

7. Se trata de un anillo de hierro y plata analizado por Ignasi Queralt y Oriol Olesti mediante XRD-XRF, que muestra un gran conocimiento técnico de esta aleación. Se incrustaron tres decoraciones lineales de plata dorada (un 65% plata, un 9% cobre y un 1% oro) sobre una base de hierro (Queralt y Olesti, 2016). Agradecemos a Pierre Campmajó la posibilidad de estudiar esta pieza de Llo.

romanos del área costera respecto de la del interior, así como a la fuerte dependencia de las fuentes datadas en el periodo de la conquista romana y el consecuente vacío posterior. Autores como Avieno o Esteban de Bizancio recuperaron en época romana tardía datos de los geógrafos griegos de los siglos VI-III a. n. e. y mencionan por primera vez a los ceretanos, el pueblo pirenaico por excelencia. Avieno (*OM*, 549-552) consideraba a los ceretanos y a los enigmáticos ausoceretanos como no íberos, aunque posteriormente se iberizarían. También Esteban de Bizancio (*Steph. Biz.*, *Ethnika*, 185, 5-6) distinguía a los ceretanos de los íberos, con los cuales limitaban⁸. Por contra, Estrabón (*Geog.* III, 4, 11) los consideraba un pueblo ibérico. Es interesante también que Estrabón describe a los *kerretanoi*, productores de *pernae*, ocupando diversos valles pirenaicos, en una amplia área que coincide en parte con las referencias de Plinio (HN, III, 3, 22), que lleva el límite ceretano hasta contactar con los vascones. No olvidemos, además, que Ptolomeo (3, 3, 63), ya en el siglo II d. n. e., ubica su capital en *Iulia Libica*, la actual Llívia, en el centro de la actual Cerdanya, lo que parece marcar el epicentro de esta comunidad.

Serán sin embargo los episodios vinculados al paso de Aníbal por la región, el verano del año 218 a. n. e., los que parecen describir mejor la situación étnica de la región. Silio Itálico menciona a los ceretanos como colaboradores de los púnicos, y describe sus *Tyrinthia castra* (*Punica*, 3, 357), en una posible referencia a sus potentes fortificaciones (Morera, 2017).

Polibio (3, 35, 1-4) hace referencia al enfrentamiento de los púnicos con ilerge-

tes, bargusios, airenosios y andosinos. Tito Livio (21, 23, 1), en cambio, menciona a ilergetes, bargusios, ausetanos y la Lacetania. Más allá de la contradicción parcial entre las fuentes, no tenemos dudas de la llegada de las tropas púnicas a *Illiberris* y *Ruscino* (en el Rosellón), lo que marca un eje entre el área de los ilergetes y la costa del Rosellón, que debió incluir el área ceretana. Lo que nos interesa aquí, sin embargo, es la descripción de un mapa étnico que incluye pueblos solo conocidos por esta mención (airenosios y andosinos, ubicados por homonimia en el área del valle de Arán y Andorra) y, ya en áreas más bajas, a ilergetes, berguistanos (en latín, *bargusii*), ausetanos y lacetanos, pueblos ibéricos bien conocidos. Un panorama complejo, diverso, que muestra la existencia de unas comunidades indígenas más vertebradas de lo que frecuentemente se ha considerado y que presenta a los ceretanos (*kerretanoi* en griego) como el eje central de las poblaciones ubicadas en cotas más altas (donde airenosios y andosinos bien podrían ser subgrupos políticos de esta etnia ceretana más amplia), organizados en torno a potentes fortificaciones (*castra*). Frente a estos grupos de alta montaña, berguistanos, lacetanos y ausetanos ocuparían un área central pre-Pirenaica, aún difícil de definir e incluso de diferenciar, ubicados en cotas más bajas pero con claros vínculos con los ceretanos. La referencia de Avieno (*OM*, 549-552) a unos pretéritos «ausoceretanos» sería, en este sentido, muy significativa.

No parece casual, en este sentido, que sea en el área de la Cerdanya, epicentro del mundo ceretano según las fuentes literarias, donde se haya documentado,

8. Es el único autor que menciona a su capital, Bràquile, lo que les supone un grado de urbanización elevada. Se puede encontrar un reciente análisis sobre todas estas fuentes en Olesti (2020).

casi exclusivamente, la génesis del mundo ibérico en áreas pirenaicas, y donde coincidan perfectamente los datos literarios y arqueológicos.

2. La Edad del Hierro y la iberización: pautas territoriales

Es esta una fase solo recientemente identificada, pues hasta hace poco tiempo nosotros mismos habíamos planteado la ausencia de iberización en el área de la Cerdanya, nuestra zona de estudio (Olesti y Mercadal, 2005). Ahora, en cambio, es ya posible hablar de un poblamiento de época ibérica complejo y diverso (figura 1). El inicio de los trabajos arqueológicos en 2006 en el yacimiento ceretano del Castellot de Bolvir (Cerdanya) permitió identificar el primer *oppidum* conocido en el área pirenaica. El planteamiento desde un principio de una excavación en extensión facilitó la interpretación del yacimiento (el Castellot había sido objeto de una serie de sondeos en 1990, que solo permitieron localizar los niveles tardorrepublicanos, algo que puede ser frecuente cuando la falta de tiempo y de recursos solo permite breves intervenciones). El Castellot se convirtió así en un yacimiento de referencia, al permitir desarrollar una estrategia científica que incluía el estudio sistemático de carbones y semillas, fauna, dataciones por radiocarbono y, más recientemente, residuos y fitolitos (figura 2). A pesar de ello, las características particulares de este establecimiento, que pervivió en época romana y que sufrió grandes reformas en época altomedieval, no siempre han permitido una buena conservación de los niveles ibéricos, que son bien conocidos a nivel de estructuras, pero no tanto a nivel de suelos

de ocupación. Hoy en día hemos excavado algo más de un tercio del *oppidum*, lo que nos ha permitido ya avanzar algunas conclusiones sobre las formas urbanísticas, productivas y sociales de los *cerretani*, bien plasmadas en la tesis doctoral de Jordi Morera (2017). Así, por ejemplo, la excavación en extensión ha permitido realizar algunos análisis urbanísticos, que ofrecen información relativa a las diferencias sociales (figura 3). De las 14 unidades domésticas documentadas hasta el momento, diez se sitúan en el barrio meridional (ámbitos I a X), y cuatro, en el de levante (ámbitos XI a XIV). Todas se encuentran adosadas y dispuestas perimetralmente siguiendo la muralla, compartiendo las paredes medianeras y están compuestas por dos estancias concatenadas. Más allá de una aparente uniformidad, se observa en ellas algunas diferencias morfológicas. La primera se corresponde con las dimensiones totales. Así, las casas de mediodía tienen una superficie de 65-75 m², mientras que las de levante solo ocupan 35-45 m². Otra distinción es la distribución interna. Cuatro de las casas presentan una tercera habitación, resultante de la compartimentación con un tabique de la sala principal. Se trata de diferencias que creemos responden a motivos sociales, a una cierta distinción entre los habitantes del *oppidum*, aunque no se advierta claramente respecto a la cultura material, muy uniforme y con escasas importaciones. A pesar de ello, el único fragmento de cerámica ática localizado en el yacimiento, así como un pendiente naviforme de oro, provienen del área meridional, de los ámbitos de mayor tamaño. También la especialización productiva de algunos espacios podría explicar este fenómeno. Un primer elemento a destacar de los ámbitos domésticos sería

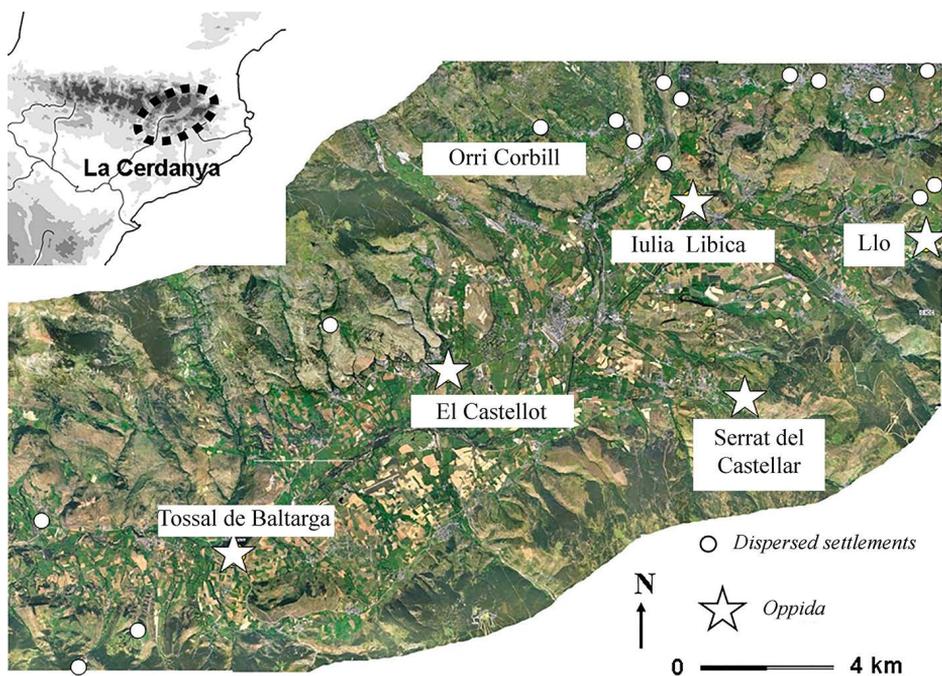


Figura 1. Distribución de los yacimientos ibéricos de la Cerdanya.

el patio delantero. Consiste en un espacio de tendencia cuadrangular, de entre 30 y 42 m² de superficie en las casas grandes y de unos 15 m² en las más pequeñas. Se trataría de un patio al aire libre o semiporticado, que antecede a la vivienda, y de carácter polifuncional. En él se desarrollarían labores de almacenaje (en cinco casos se han hallado uno o más silos en el interior de este patio delantero), pero también de cocina, productivas e incluso de estabulación de animales. Un indicio interesante del uso de los patios delanteros del Castellot como establos es la recupe-

ración de restos de suidos neonatos y en edad fetal en alguno de estos espacios, lo que indicaría que la reproducción y cría del cerdo se realizaría en el propio yacimiento⁹. Ya hemos mencionado como Estrabón nos indica que la ganadería porcina era una de las actividades más importantes de las comunidades ceretanas. Las difíciles condiciones meteorológicas invernales de la zona obligarían a alternar rediles con pequeños corrales de este tipo.

Un segundo espacio, la sala principal, se ubica en la parte posterior de la unidad doméstica y presenta casi siempre una

9. De este modelo tenemos paralelos en otro yacimiento prepirenaico, la Bauma del Serrat del Pont (Tortellà), donde, entre los siglos III y II a. n. e., se estableció una comunidad que estabuló un grupo de suidos dedicados a la producción de carne (con individuos de edad joven e infantil) en un cercado en la cueva, en una zona que podríamos considerar de media montaña (Alcalde et al., 1994). También en la Llívia altoimperial se ha documentado la cría de suidos en el lugar (Colominas et al., 2020).



Figura 2. El yacimiento del Castellot (Bolvir).

planta rectangular (de unos 27-32 m² de superficie para las más grandes y unos 20 m² para las más pequeñas). Las paredes, del mismo modo que las del patio, estaban hechas a partir de un zócalo de bloques de piedra ligados con arcilla y un posterior realizado en adobe. Presentan un grosor de entre 70 y 80 cm, excepto los tabiques de compartimentación, de tan solo 45 cm. Sobre el suelo de tierra pisada se documenta el hogar, de forma lenticular y construido sobre un lecho de pequeños guijarros, sin una ubicación específica. También en el interior de la sala se localizan una serie de grandes bloques de piedra o agujeros con una losa en el interior, ubicados en los ángulos o en puntos equidistantes, siempre al lado de las paredes, mostrando una distribución regular y simétrica. Creemos que se trata de la cimentación de los soportes de madera que estarían relacionados con la sustentación de la cubierta, del atillo o de algún mobiliario tipo estantería. Aparte de la

función de estabilidad estructural, los bloques también posibilitarían que el soporte de madera estuviera aislado de las humedades, como sigue siendo común en zonas de alta pluviosidad.

Aunque ya hemos dicho que la mayoría de unidades domésticas son bastante homogéneas, especialmente por lo que hace referencia al registro material, también es cierto que en algún caso se detectan pequeñas diferencias que permiten plantear la existencia de unidades de producción especializadas. En ellas, aunque podrían mantenerse las funciones domésticas, existen algunas especificidades productivas y funcionales singulares. El primer caso es el ámbito iv. Allí se recogieron un total de 52 fragmentos de *pondera*. Es fácil suponer la presencia de un telar en su interior o, lo que es lo mismo, una producción especializada en la actividad textil. Una segunda estancia con especialización productiva pudo ser el ámbito ix. Allí se encontraron dos pequeños hornos, uno



Figura 3. Planta de las estructuras del Castellot de Bolvir (siglos IV y III a. n. e.).

en cada habitación, con restos de escoria de hierro y cenizas en su interior. El hecho de no encontrar estructuras tipo fosas similares en otras partes del yacimiento nos lleva a pensar en una producción especializada en este sector, seguramente encaminada a actividades metalúrgicas. También se han encontrado restos inconexos vinculados a la producción metalúrgica debajo del Edificio IV, de época romana republicana. Un análisis radiocarbónico de las cenizas de una cubeta nos dio una datación con una horquilla de 400-209 cal a. n. e., confirmando la cronología de la fase ceretana para su colmatación. De todos modos, nos es del todo imposible describir la ocupación de los espacios y los procesos que se desarrollaban, más allá de las evidencias férricas, dado el grado de arrasamiento que han sufrido dichas estructuras. Más excepcional aún es el ámbito XII, que probable-

mente no tuvo función residencial. La sala principal de esta casa poseía dos grandes hogares centrales de planta circular, contruidos sobre una plataforma sobreelevada de arcilla endurecida, con un diámetro cercano a los 2 m, ocupando buena parte de la superficie de la habitación. Consideramos que estos hogares sobrepasarían las necesidades de un estricto espacio doméstico unifamiliar y que podrían vincularse más a usos colectivos, tal vez como lugar de realización de banquetes comunales, actos rituales o quizás actividades de un grupo gentilicio más amplio. Así se han interpretado también los grandes hogares localizados en otros yacimientos, como Burriac, el Castellot de Banyoles y Monteró, aunque este último sea de cronología ya republicana (Morera, 2017).

Otra estancia con un registro particular es el ámbito XIII. Se trata de la casa

ubicada justo al lado de la entrada del poblado y presenta tres habitaciones. En la estancia más cercana a la puerta del *oppidum*, localizamos un pequeño depósito de objetos situado debajo del pavimento (3 pequeños vasos bicónicos con un asa lateral y un crisol cerámico), *in situ* y sin fragmentación alguna, que pensamos se corresponde con algún tipo de ofrenda o rito fundacional (Morera, 2017). Por el hecho de haberse encontrado justo al lado de la puerta, es posible pensar en una liturgia de tipo comunitario —a través de la deposición ritual de los utensilios— que podría relacionarse con la sacralización y la protección de la entrada del poblado.

Una interesante información complementaria nos ha ofrecido el segundo yacimiento ceretano excavado por nuestro equipo, el Tossal de Baltarga (Bellver de Cerdanya), en el que llevamos ya 11 campañas de excavación (figura 4). Aquí, la ausencia de una fase medieval permitió una mejor conservación de las estructuras antiguas, aunque también aquí la fase republicana romana afectó a los niveles ibéricos. Además, la ubicación del establecimiento en un cerro alterado por trabajos agrícolas y ganaderos, así

como la propia erosión natural, han amenazado de manera importante la conservación de las estructuras antiguas.

A pesar de ello, los resultados son sorprendentes. Es posible considerar el Tossal de Baltarga no como un *oppidum*, pues no existe una muralla perimetral, sino como un establecimiento con preeminencia visual y territorial, pero sin fortificar. De este momento contamos con un conjunto de estructuras —dispersas y en parte inconexas, dada la mala conservación de los restos— que definen diversos edificios agrupados en una zona poco extensa, sin evidenciarse un verdadero urbanismo, aunque sí una disposición organizada en terrazas. Las paredes están hechas con zócalos de piedra local y un recrecimiento en arquitectura de tierra. De todo el conjunto podemos identificar dos grupos de habitaciones con bastante precisión. La primera, el recinto A, consiste en un edificio de dos estancias adosadas, de las cuales solo se conserva la mitad septentrional. Cada habitación ocupa unos 20 m² de superficie y la entrada estaría situada en la parte sur. En su interior se localizó un modesto horno doméstico y algunas pequeñas fosas con cenizas y tierras quemadas. En una de ellas se recu-

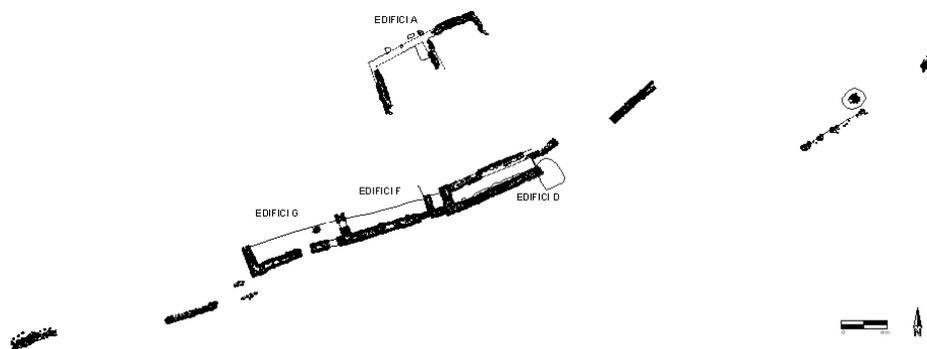


Figura 4. Planta de las estructuras del Tossal de Baltarga (siglos IV y III a. n. e.).

peró un fragmento de asa de *kantharos* de cerámica ática que nos ofrecería una cronología del siglo IV a. n. e. para estas estructuras.

El segundo recinto es el formado por diversos edificios unidos por paredes medianeras, edificios C, D, F y G, todos ellos incendiados y destruidos violentamente alrededor del año 200 a. n. e., cronología que viene marcada por la recuperación de una copa de la forma 26 de los talleres de Rhode, una datación radiocarbónica que marca un abanico temporal de 230-200 BC (Beta-458585: UE 3157) y el hallazgo en los niveles de destrucción de diversas monedas de plata de imitación de origen galo. Todos los edificios, de planta rectangular (de entre 15 y 16 m²) y dos pisos de altura, se hallaban encastrados en un corte vertical del terreno. En el caso del edificio D, la planta baja, realizada exclusivamente en piedra y arcilla, muestra un acceso por una entrada lateral, con una puerta carbonizada localizada *in situ*. El edificio G, en cambio, tenía una entrada central en el muro meridional. En todos los edificios se localizaron grandes contenedores cerámicos, concentración de cereales carbonizados (probablemente almacenado en sacos), así como numerosos restos de fauna, todos ellos en conexión y que muestran un conjunto único, aún en proceso de estudio, del que más adelante hablaremos.

Los últimos trabajos permiten avanzar la hipótesis de un centro productivo y residencial, probablemente vinculado a un personaje preeminente, de notable extensión si consideramos su carácter no urbano. Estaría ocupado por un limitado conjunto poblacional que podría incluir la familia de este miembro de la élite y su grupo dependiente. Se trata de un modelo de residencia de tipo «nobiliario», que

incluye áreas de producción diferenciada (en Baltarga, textil, ganadera y agrícola), con elementos de lujo (en nuestro caso, un volumen de importaciones y especialmente de monedas —dracmas sudgálicas y de imitación emporitana—, así como un pendiente de oro), y la presencia —como veremos— de un caballo de monta, elementos todos ellos poco habituales en el mundo ceretano que conocíamos hasta el momento.

Más allá de estos dos yacimientos, nuestro conocimiento del mundo ceretano empieza a ser menos consistente. Desde 2018 se desarrollan trabajos de excavación en extensión en Serrat del Castellar (Fontanals de Cerdanya), un pequeño *oppidum* ubicado a mayor altura que los anteriores (1368 m s. n. m.), en un estratégico cerro que controla el acceso meridional al valle ceretano por el Valle de la Molina, ruta histórica que conecta la Cerdanya con el Valle del Ter y el territorio ausetano y ampuritano. Aún es pronto para avanzar muchas conclusiones, pero es clara la cronología fundacional ceretana, la existencia de un sistema defensivo complejo y muy potente, la pervivencia en época republicana romana, y la presencia de posiblemente dos niveles de destrucción del yacimiento, como sucede en Baltarga.

También en Sant Feliu de Llo tenemos niveles de ocupación ibéricos. Su ubicación estratégica en lo alto de un escarpado cerro que controla la entrada del río Segre en el llano ceretano indica una importante función de control territorial, similar a la del Serrat del Castellar respecto al Valle de la Molina. Durante la fase mejor documentada (Bronce Final y Edad del Hierro I), se identificaron un máximo de 6 cabañas, con zócalo de piedra y alzado de tapial y hogares construidos

con placas de arcilla, muy característicos. Estas cabañas tuvieron continuidad durante los siglos IV y III a. n. e., como demuestra tanto la cultura material como la datación C14 de algunos restos orgánicos (Campmajó, 1983). Destacan en ellas algunos materiales típicos de los siglos IV y III a. n. e., como dos broches de cinturón de bronce decorados o piezas cerámicas estampilladas muy características. El porcentaje de material a mano, como es propio de los ceretanos, supera siempre el 80-90% de los conjuntos. En ninguna de estas fases se ha documentado muralla, ni tan solo un muro perimetral de cierre, de manera que el lugar parece responder al modelo del Tossal de Baltarga y no a un verdadero *oppidum*.

Lo mismo podemos decir de la Coma Peronella (Angostrina), donde recientes trabajos han localizado una ocupación de principios de la Edad del Hierro, pero que presenta una datación C14 de los siglos VI-IV a. n. e. (Luault, 2020: 84) y materiales coherentes con una pervivencia en época ibérica (cerámica reducida de la costa catalana y una copa de los talleres griegos occidentales (Luault, 2020: 129). Es difícil valorar la entidad del yacimiento, pero la existencia de fases romanas y tardorromanas permite pensar en un hábitat de tipo concentrado pero secundario.

También complejo es el caso del Puig del Castell, de Llívia, donde, si bien no se conocen estructuras de época ibérica, sí que en la parte baja de la colina, bajo la ciudad romana, han aparecido niveles ceretanos, al igual que materiales ibéricos en la parte alta, siempre en estratos alto-medievales. Creemos que se trataba de un núcleo preeminente, entre otras cosas por su importancia a partir de la conquista romana, pero hoy por hoy, a nivel ar-

queológico, no podemos confirmar su entidad.

Finalmente, en l'Orri d'en Corbill (Enveig) tenemos el único indicio de ocupación altimontana de época ibérica plena en el Pirineo oriental. Se trata de una pequeña cabaña (82) excavada por Christine Rendu en sus trabajos pioneros, y que se interpreta como un pequeño refugio asociado a zonas de pastos cercanos (Rendu, 2003). La cabaña 82, de apenas 7 m², permitió documentar un hogar construido sobre una losa, datado por C14, y un pequeño lote de cerámicas a mano de tipo ceretano. La cabaña estaba asociada a un abrigo cercano, el n.º 83, de apenas 2 m², que correspondería a un minúsculo espacio de refugio. Ambas estructuras deben entenderse como ocupaciones temporales, vinculadas probablemente a la ganadería itinerante.

Completa nuestro conocimiento de las pautas territoriales ceretanas un conjunto de 20 yacimientos documentados a partir de los materiales recuperados en superficie, con todo lo que ello supone de déficit en su interpretación funcional y cronológica. Así, en la *plana cerdana*, el llano ceretano, ubicados sobre pequeñas elevaciones, encontramos 15 posibles yacimientos más; en la media montaña, 3, y, finalmente, 2 en las cuevas de la comarca (Morera, 2017). Estos datos parecen confirmar que, a lo largo de los siglos IV y III a. n. e., el poblamiento ceretano se concentraba en el llano, abandonando la media montaña y vertebrado en torno a *oppida*, o establecimientos sobre pequeñas elevaciones, de dimensión modesta.

A partir de todos estos datos precedentes de la Cerdanya, parece existir una notable diversidad en las pautas de poblamiento de los *cerretani*, puesto que realmente no conocemos dos tipos de ya-

cimientos ibéricos idénticos, ni por ubicación, ni por tamaño, ni por entidad. Sin embargo, esta diversidad aparente, un «mosaico» de yacimientos diferentes, puede ocultar una lógica unitaria: la ocupación del llano y el curso del río Segre marcan el eje alrededor del cual se organizan los yacimientos ceretanos (Llo, Llívia, Castellot, Baltarga), y tan solo Serrat del Castellar, con una evidente función de control del acceso sur, y Enveig, un área de pastos, parece escapar a esta lógica. Ello vincula a los ceretanos especialmente con el llano ceretano, y parece tener su reflejo en los escasos datos de actividad antrópica tanto en la media montaña como en las tierras altas durante estas cronologías. Efectivamente, los resultados de los trabajos desarrollados por Didier Galop en la década de 1990 y el decenio de los 2000 han permitido identificar un aumento del bosque en estas áreas, que puede interpretarse como un indicador de la disminución de la antropización en las tierras altas con respecto al periodo anterior, y más aún si lo comparamos con fases más antiguas, como el Neolítico. Así, en Roques Blanques (Eina) se documenta una fase datada entre el 600 y el 200 a. n. e., con una recuperación de la masa boscosa. Lo mismo sucede en el Pla de l'Orri y la Devesa dels Cavallers, donde, a partir del siglo V y hasta inicios del siglo I a. n. e., se asiste a una nueva reforestación de estas cotas por encima de los 2.000 m (Galop, 2006).

3. Pautas económicas

Este aparente bajo interés por las tierras más altas que muestran las pautas de poblamiento, y parcialmente los datos paleoambientales, ¿ha sido confirmado por

los datos referentes a las formas económicas y de producción? En otras palabras: ¿qué sabemos de los ceretanos a nivel productivo?

Los trabajos llevados a cabo por los colaboradores de nuestro proyecto, Anna Berrocal (antracología, carpología, UAB); Marta Portillo (fitolitos, sedimentología, IMF-CSIC); Lidia Colominas (fauna, ICAC), y Nadia Tarifa (análisis de residuos en contenedores cerámicos, UNISTRA), han permitido avanzar en este campo para un periodo, la Segunda Edad del Hierro, que había sido menos documentada en los trabajos pioneros de Pierre Campmáj y Christine Rendu en Sant Feliu de Llo, más centrados en el Neolítico y en la Edad del Bronce.

3.1. Agricultura

A pesar de tratarse de trabajos en curso, los estudios de Anna Berrocal han permitido contrastar la existencia de una potente agricultura (Berrocal, 2021; Colominas et al., 2023). Los resultados carpológicos del Castellot de Bolvir y Baltarga muestran unos cultivos herederos de los del Primer Hierro, con una preponderancia de cereales como el trigo, el farro y la cebada, aunque la presencia de avena, mijo y centeno es también significativa, productos que podrían ser utilizados para el forrajeo. Lo mismo puede suponerse de la identificación de guisantes, habas y alverja. Es posible que la cebada fuera un cultivo de primavera, mientras que el farro, la avena y el centeno, más resistentes al frío, lo fueran de invierno. Se ha documentado la presencia de plantas procedentes de áreas cercanas de prados y cultivos, que han llegado como mala hierba al yacimiento, como la cebadilla o la correhuela, plantas arvenses o ruderales que

indican un paisaje abierto cercano a los yacimientos. A nivel antracológico, la especie mayoritaria en ambos yacimientos es el pino (*Pinus nigra*), aunque hay algunos ejemplos interesantes de utilización del abeto. Coincidiendo con estos datos, los estudios paleoambientales de las zonas de baja montaña, más cercanas al llano, han permitido documentar una reducción de los taxones arbóreos (haya, roble, abeto) y la documentación de polen de cereal, en un fenómeno de deforestación antrópica que puede ponerse en relación con la abertura de nuevas zonas de cultivo (Rendu, 2003; Galop, 2005). Es en este sentido también muy significativa la identificación en un contenedor cerámico de un conjunto de *chaff* (Berrocal, 2021) que se asocia a la alimentación de los animales estabulados en el yacimiento.

Esta creciente vocación agrícola también se documenta en el incremento de silos de almacenaje en el Castellot (no así en Baltarga, donde no se han documentado, ni tampoco hasta el momento en el Serrat del Castellar), indicativa de una nueva gestión del excedente agrario, que no se documentaba en fases anteriores, donde eran los recipientes cerámicos los contenedores del excedente. Creemos que estos nuevos silos, agrupados en un espacio comunitario, de una notable capacidad, son reflejo de un crecimiento productivo, posiblemente vinculado a la ampliación de los campos cultivables, así como de las mejoras técnicas que permitieron una mayor productividad. Muestra de ello serían las nuevas herramientas agrícolas de hierro o la difusión de los nuevos molinos rotatorios, más productivos que los de vaivén, documentados en gran número en el Castellot (16 unidades), siempre en el interior de los silos amortizados. No se trata de un fenómeno

puntual, puesto que en el Castellot se observa como esta producción se incrementó a lo largo del tiempo, ya que el número y la capacidad de los silos también aumentaron de forma pareja: los silos más antiguos, del siglo III a. n. e., tienen una capacidad de solo unos 2 m³, llegando hasta los 5 m³ a mediados del siglo II a. n. e. También es destacable que, por el momento, solo hemos documentado silos en este único yacimiento, fenómeno que podría ser indicativo de una función capitulina incipiente.

Que se trata de un nuevo modelo agrícola también se desprende del abandono de campos y terrazas de cultivo ubicados en cotas altas y que habían sido utilizados en épocas anteriores: en Vilalta, a 1.700 m de altitud, y en Orri d'en Corbill y Devesa del Cavaller (entre 1.700 y 1.950 m) se han documentado el uso de terrazas de cultivo desde el periodo Neolítico y la Edad del Bronce hasta la época altoimperial romana (Morera, 2017, 190 y s.). Es significativo que en las tres zonas estudiadas se documenten suelos agrícolas hasta el final del periodo Bronce Final y Hierro, y posteriormente, ya en época romana altoimperial, sin que en cambio se hayan podido datar suelos correspondientes al periodo iberoceretano, lo que parece responder al fenómeno de reducción de la ocupación de cotas altas propia de esta fase.

3.2. Ganadería

En lo referente a la ganadería, los datos arqueológicos no desmienten su importancia, pero la ponderan en relación con la producción agrícola, e indican algunos cambios sustantivos respecto a las dinámicas de producción de los periodos anteriores (Colominas et al., 2019). Los ta-

xones más representados continúan siendo los bóvidos, seguidos de los ovicápridos y suidos y, en última instancia, los équidos. Estos datos contrastan con los de la mayoría de asentamientos de la zona ibérica prelitoral, donde prevalecen los ovicápridos (Colominas et al., 2019). La caza parece muy esporádica, con un solo resto de cérvido en el Castellot y una falange de oso en Baltarga. Unos datos muy similares, con porcentajes casi idénticos, provienen del yacimiento de Llo (Campmajó, 1983: 144 y s.). El mantenimiento de alguna cabaña de pastor vinculada a la ganadería en cotas altas (Orri d'en Corbill) parecen mostrar la continuidad de la trashumancia vertical, especialmente de ovicápridos, sin embargo, como hemos ya indicado, los estudios paleoambientales detectan en esta fase una reforestación altimontana que muestra una reducción de las áreas de pasto y de la capacidad para desarrollar las actividades ganaderas (Vial, 2009: 68). También ahora se abandonan las terrazas de cultivo ubicadas cerca de las zonas de pasto, que antes mencionábamos. Tanto la reforestación como el abandono de estas terrazas de cultivo durante la fase ibérica parecen mostrar una reducción de la presencia antrópica en zonas altimontanas, que consideramos indicativa de una reducción del peso de la ganadería en estas áreas. Además, en nuestro registro carpológico aparecen también en época ceretana especies arvenses o ruderales, como los tréboles o el raigrás (*Lolium multiflorum*), que muestran la existencia de zonas de pasto cercanas al yacimiento, lo que indica de nuevo la necesidad de contar con áreas de sustento en las que mantener una parte del ganado durante el año, y ya no solo en la alta montaña como en fases anteriores.

Otros datos permiten reforzar esta interpretación: durante la fase ceretana los restos faunísticos de los bóvidos corresponden mayoritariamente a una edad adulta, lo que indica que de ellos se ha aprovechado su fuerza motora (básicamente para las labores agrícolas), además de algunos productos secundarios, pero no preferentemente para la obtención de carne, como sería más lógico en un modelo trashumante. También es significativo el aumento de los suidos, fenómeno que no es exclusivo de la Cerdanya, ya que se puede percibir en muchos de los territorios ibéricos a partir del Ibérico Pleno (Colominas, 2008). No parece que se trate de una especie vinculada a una explotación itinerante. Es más, para esta especie en concreto, y tal como se ha documentado en el Castellot, la gestión y explotación se realizaría en el interior de los *oppida*, ya fuera en dentro de las viviendas (en los patios delanteros) o en libertad en los espacios comunales (también puede ser significativo, aunque sea de momento anecdótico, el hallazgo aquí de un fragmento de bellota). Además, en el caso ceretano este aumento de la explotación cárnica del cerdo tiene correspondencia con los datos de Estrabón, por lo que suponer un origen anterior no parece descabellado. Es muy posible que en época ceretana la trashumancia de radio corto o vertical estuviera dedicada especialmente a los ovicápridos, que tuvieron un tratamiento diferenciado en el caso ceretano: las ovejas se sacrificaron mayoritariamente entre los 6 y 12 meses, su óptimo cárnico, y en algunos casos a partir de los 36 (más adecuada para la producción de lana), mientras que las cabras lo fueron por encima de los 24, bien superado este óptimo, lo que parece indicar un aprovechamiento de su leche. No debemos olvi-

dar tampoco el cánido localizado en Baltarga, y en especial los équidos documentados en ambos yacimientos, que nos hablan de un mundo ibérico ceretano con caballos de monta y, por lo tanto, de una ganadería compleja¹⁰.

Recientes trabajos en el edificio G de Baltarga están aportando significativas novedades a nuestra interpretación (Colominas et al., 2023; Portillo et al., 2023). La preservación, gracias al incendio de finales del siglo III a. n. e., de un establo con cuatro ovejas, una cabra y un caballo (muertos *in situ* debido a la destrucción, conservados por lo tanto en conexión anatómica), así como el despliegue de un conjunto de análisis bioarqueológicos, que incluyen microdesgaste dentario, isótopos del esmalte dentario, fitolitos, micromorfología y microfósiles, han permitido una mayor precisión en nuestro análisis (figura 5). Los resultados indican una fuerte interrelación entre las áreas agrícolas y ganaderas, así como una escasa ocupación de las tierras altas, como ya suponíamos.

Para empezar, el establo presentaba una escasa dimensión (7 x 2 m aproximadamente) pero una organización planificada, subdividido en tres partes: un área libre de animales que daba a la puerta meridional, un espacio oeste de unos 4 x 2 m donde se hallaban los ovicápridos y un espacio de 2 x 2 m destinado al caballo. Se trataba de un caballo de 4 años con una altura de cruz de 125 cm, que se usa-

ba como caballo de monta, fenómeno confirmado por el hallazgo a menos de 1 m de distancia de un bocado de caballo compuesto, del tipo type D2 (Argente et al., 2000: figura 8), utilizado precisamente para la monta. El caballo gozó de un tratamiento específico, de modo que ocupaba el sector este del establo. Además, el estudio de fitolitos y restos de excrementos ha confirmado una dieta con plantas *panicoideae*, que incluían el mijo. Los 5 ovicápridos, por el contrario, compartían el sector oeste, donde los fitolitos y restos de excrementos indican un forraje basado en plantas de tipo *pooideae*, que no incluía el mijo, una dieta confirmada por el análisis de trazas de desgaste en su dentadura, algo más árida en el caso de la única cabra localizada.

Las edades de sacrificio de las 4 ovejas (tres alrededor de 3 años y una de 2) indican la cría para la obtención de productos como leche o lana, notablemente diferente del objetivo para las ovejas del Castellot, sacrificadas generalmente en su momento cárnico óptimo. El estudio isotópico de sus dentaduras ha permitido establecer algunas características significativas: el periodo de cría era breve, alrededor de unos 2 meses y medio, entre finales de invierno e inicios de la primavera (Messana et al., 2023a). No hubo estrategias para alargar el periodo de cría (como sucede en otros yacimientos ibéricos, como Mas Castellar de Pontós) y así garantizar una producción continua de

10. El ejemplar mejor documentado es el caballo localizado prácticamente completo y en conexión anatómica en el Edificio G de Baltarga. Dentro del establo ocupaba el sector oriental, separado del resto de animales (cuatro ovejas y una cabra) por algún tipo de vallado de madera (Colominas et al., 2023). La altura de la cruz de este ejemplar, de 125 cm., así como su robustez, lo sitúan como un caballo de monta, propio de la Segunda Edad del Hierro, de poca altura pero robusto (Colominas, 2018). Además, apareció un magnífico bocado de caballo de hierro junto al cuerpo del animal. Se trata de un bocado articulado, es decir, de monta, tipo Quesada 21-D o también tipo Argente 8-D2, con lo que coinciden plenamente los datos arqueozoológicos y arqueológicos.

leche (Messana et al., 2023b), lo que a nuestro modo de ver refuerza el objetivo de producción de lana. En este sentido, también es muy significativo que en el piso superior de este mismo edificio G se haya localizado un telar, documentado por una estructura de madera de abeto y un conjunto de 19 pesos de telar y 1 fusa-yola¹¹. Es más, los estudios isotópicos (oxígeno, carbono y estroncio) han confirmado la movilidad de al menos uno de los individuos (el número 4), que posiblemente podría hacerse extensiva al resto del grupo (aunque la ausencia del molar 3 en estos individuos no permite confirmarlo). Se trata de un individuo que nació en la Cerdanya, pero al menos durante dos inviernos consecutivos descendió a cotas inferiores, donde se alimentaba de un tipo de plantas propias de la media montaña, en lo que podríamos considerar llanos prepirenaicos (Messana et al., 2023b). Este animal pasó, por lo tanto, tres veranos en la Cerdanya, y fue en ese momento cuando murió en el incendio del yacimiento. Los resultados son sorprendentes, por diversos motivos: en verano, el rebaño estaba estabulado en el interior del establo, lo que podría ser un indicio de inestabilidad o, quizás, de una gestión segregada de parte del ganado (¿propiedad diferenciada?). Es probable que se aprovechara su estancia en la Cerdanya para esquilarse a las ovejas, y obtener así la lana para la producción textil. En segundo lugar, el descenso a cotas medias

(probablemente a áreas vecinas, como el Solsonés, Berguedà u Osona) implica el uso complementario de tierras no directamente controladas por los cerretanos, sino por comunidades vecinas, como los lacetanos, berguistanos o ausetanos. Ello supone la articulación de pactos o acuerdos de colaboración entre entidades políticas diferentes, algo escasamente documentado en nuestro registro arqueológico e histórico del mundo ibérico septentrional¹².

Recientes resultados confirman esta interacción. Los estudios de fauna del *oppidum* de St. Esteve d'Olius (un yacimiento lacetano) han localizado en niveles del siglo III a. C. los restos de una oveja (individuo O 205) cuyo estudio isotópico (que incluye de nuevo oxígeno, carbono y estroncio) muestra su nacimiento y cría en la alta montaña (no podemos afirmar con seguridad que se trate de la Cerdanya), y su traslado al área de Olius durante su tercer verano, cuando fue sacrificada (Messana et al., 2023b). A diferencia del individuo 4 de Baltarga, O 205 no realizó este desplazamiento trashumante cíclicamente, sino que hizo un viaje de descenso una sola vez. Ello supone, posiblemente, una relación de tipo comercial por la que ovejas procedentes, muy probablemente, de los *cerretani* se intercambiaron por productos lacetanos, aunque no se trataba de una de las ovejas trashumantes como el individuo 4, puesto que solo descendió una única vez. Ello implica la existencia, a nivel de hipótesis,

11. Es interesante destacar que la asociación de un telar con un amplio conjunto de cerámicas de vajilla (65 vasos en el piso superior del Edificio G) no es extraño en el mundo ibérico, sino que se ha vinculado a espacios de carácter nobiliario (Rafel, 2007).

12. Puede ser interesante, a este respecto, la comparación con otros estudios regionales (Knockaert et al., 2018) que han mostrado para Llo, durante la fase del BF-Hierro, una importante cabaña de caprinos, con nacimientos establecidos preferentemente a finales de invierno y principios de primavera, así como indicios de una movilidad probablemente hacia zonas altas, pero no hacia tierras bajas, como el documentado en el ejemplar de Baltarga, lo que indica que en época ibérica se desarrolló una estrategia novedosa.

de al menos tres tipos de gestión de ovejas entre los ceretanos: las trashumantes que descendían cíclicamente a cotas medias, las que se criaban en el lugar para la obtención de carne y algunas que permanecieron en la Cerdanya para la obtención de productos secundarios, y que se desplazaron a cotas medias probablemente en el marco de intercambios comerciales. Quizás deberíamos añadir aquí un cuarto grupo, aunque no documentado por los estudios de fauna, que podría ser el que se desplazase a pastos de altura en la misma Cerdanya, como indirectamente documenta la cabaña de pastor de Enveig.

Esta complementariedad en el uso de los recursos territoriales, tanto los propios como los de comunidades cercanas, se confirma gracias a un recurso ausente del registro arqueológico y del territorio ceretano, pero imprescindible para la gestión de su economía ganadera: la sal (Olesti y Mercadal, 2017). Tanto la alimentación de la cabaña ganadera como el salado de algunos productos clave (como las *pernae* ceretanas) suponían un elevado consumo de este mineral. No

existen depósitos de sal en la Cerdanya, y sabemos que en época histórica provenía de cotas más bajas (Vall Salina, en el Solsonés; Cardona, en el Bages, y, ya más alejado, Gerri de la Sal, en el Pallars). La vía de importación de sal hacia la Cerdanya, a través de la medieval *Strata Kardonensis*, procedente del Solsonés y Cardona, discurre en estas comarcas cerca de algunos *oppida* ibéricos de entidad, lo que podría indicar una relación antigua entre estas comunidades lacetanas y berguistanas con el mundo ceretano. La alternancia de pastos de invierno y verano entre zonas bajas y altas, combinada con el aprovisionamiento de sal, podría explicar este desplazamiento de ganado ceretano a zonas bajas y su posterior regreso al llano ceretano. Es más, es relativamente fácil relacionar el *oppidum* de St. Esteve d'Olius, de donde procede la oveja O 205, con las minas de sal gemma de Cardona (ubicadas a unos 20 km de distancia), mostrando así los recursos intercambiados entre las comunidades ceretanas (ovejas-lana) y las lacetanas/berguistanas (sal gemma).



Figura 5. Distribución de los animales localizados en el Edificio G. Tossal de Baltarga. Finales del siglo III a. n. e.

Finalmente, el estudio de residuos de algunos contenedores cerámicos de Baltarga ha permitido documentar un contenido vinculado a grasas de rumiantes, pero también de lácteos y, significativamente, de suidos (Tarifa, 2020). También un contenido en grasas de suidos se ha documentado en la jarra en la que se depositó el conjunto de bronce de la Colomina de Bor, datable en el siglo VII a. n. e., demostrando la continuidad en la explotación de esta cabaña (Gallart et al., 2017: 381).

3.3. Recursos forestales

Un último elemento sería la explotación forestal. Ya hemos destacado la deforestación que se documenta en la Cerdanya en cotas de media y baja montaña en estas fases (que coincide en cambio con una reforestación en altas cotas, Galop, 2005), lo que indica una reducción del interés por las áreas altimontanas. En cambio, en áreas vecinas, los estudios paleoambientales muestran una evolución diferenciada: así, en zonas como la Vall del Madriu (Bosc dels Estanyons, Andorra) hay datos de deforestación vinculada a ganadería (Palet et al., 2016), mientras que en Coma de Burg (Pallars) y en Estany Llebreta (Vall de Boí) no hay indicios de grandes actividades de tala y deforestación.

De nuevo, los resultados del edificio G de Baltarga han permitido incrementar nuestros datos acerca de la gestión de recursos forestales. Así, los restos de biga calcinada correspondientes al suelo del primer piso indica que se utilizó el pino silvestre (*Pinus Sylvestris/Uncinata*) para esta función, mientras que en establo inferior junto al pino se documentaron otras maderas, como el Boj, álamo, y diversos tipos de arbustos. Mención aparte merece el abeto, documentado también

en el Castellot de Bolvir, que implica la utilización de un tipo de madera de calidad y de cotas altas, altamente apreciado durante la antigüedad.

Además, el análisis de la jarra BTB04, procedente del piso superior del edificio G de Baltarga, ha identificado la presencia de pez en su interior. Podría tratarse de un recubrimiento de la jarra para su estanqueidad, pero creemos más probable que se trate de un recipiente para su almacenaje. La pez de pino, cuya producción está testimoniada en el territorio ceretano desde la época alto imperial (Orengo et al. 2013), pudo tener diversas funciones, que no son excluyentes. Es interesante destacar que, entre ellas, los agrónomos romanos destacan su uso como cauterizante en las heridas del ganado, especialmente las producidas en las ovejas durante las épocas de tonsura (Varr. *Agr* 2.11), algo que coincidiría plenamente no solo con la presencia de 4 ovejas en el piso inferior, sino con el mismo momento del incendio, producido justamente durante el verano, tras la probable tonsura de los 4 ejemplares.

Finalmente, es destacable también la presencia en este mismo piso superior de una alcotona de un tamaño considerable (38 cm), consideradas generalmente como alcotanas de leñador o *dolabra*. Su doble filo, uno vertical como hacha y el otro horizontal como azada, la convierte en una herramienta de diversos usos, muy utilizada en tareas de deforestación para la corta de árboles y de raíces. De nuevo, no parece casual su aparición en este edificio tan complejo.

3.4. Comercio

El comportamiento notablemente diferenciado del mundo ceretano respecto a

otras áreas pirenaicas y prepirenaicas meridionales, así como la escasez de importaciones cerámicas, parecen reflejar unas comunidades poco abiertas a sus vecinos. Sin embargo, el corpus monetario parece desmentirlo. Nuestros propios trabajos, así como los estudios previos desarrollados a partir de colecciones privadas locales (Mercadal y Campo, 2009) muestran un aprovisionamiento notable de numérico. Proviene de Baltarga una tetradracma de Rhode, una dracma ampuritana de principios del siglo III a. n. e. procede de Talló (Bellver de Cerdanya), así como cinco dracmas galas de imitación recuperadas en el Tossal de Baltarga, del siglo III a. n. e. Además, se ha publicado recientemente un conjunto de 8 dracmas emporitanas procedentes de Bellver (García-Garrido, 2016). Estos datos parecen reflejar los contactos con el área costera del Empordà-Rosselló, por un lado, y con el área de la Galia interior, por el otro. Si a ello le añadimos los datos arqueológicos y epigráficos, que muestran muy poca relación con el área ilergete (Ferrer, 2020), estaríamos definiendo las principales zonas de contacto regional, acordes con los pasos naturales. Es sorprendente la relativa abundancia de moneda de plata en el siglo III a. n. e. entre los ceretanos, atípica si tenemos en cuenta tanto la baja circulación de este tipo de monedas en el mundo ibérico del nordeste peninsular, que contrasta con la baja presencia de otro tipo de productos de importación en la región. Creemos que dos elementos pueden explicar esta anomalía: por un lado, el contexto inestable de finales del siglo III a. n. e., tanto en el nordeste peninsular como en la Galia meridional (donde la Cerdanya sería una zona clave de contacto hacia la cuenca de los ríos Aude y Ariège), al que tan fre-

cuentemente se asocia este tipo de monedas. Por otro lado, la posible utilización de los ceretanos de esta privilegiada posición para cobrar derechos de paso a posibles tropas mercenarias o productos que pretendieran cruzar la región, *telos* documentados por las fuentes literarias para periodos posteriores y que podrían confirmarse en estos hallazgos (Plutarco, *Sert*, VI, 4-5). No olvidemos, además, que la aparición de moneda en el mundo ibérico se produce en el contexto de la segunda guerra púnica, de manera que esta aparente «apertura» del mundo ceretano se daría ya en un momento tardío, y muy vinculado a este periodo de inestabilidad.

Finalmente, como hemos visto, los datos isotópicos han abierto una nueva perspectiva en la comprensión de estos intercambios comerciales, en los que la trashumancia y el comercio de animales vivos (ovejas) complementarían otros recursos ya documentados, como la carne de cerdo (*pernae*), la lana y, probablemente, también productos forestales como la madera de abeto. Esta mayor actividad comercial, muy poco reflejada en los contextos cerámicos, quedaría bien contrastada en el campo numismático, mostrando a la Cerdanya como una verdadera estación intermedia entre la Galia e Iberia.

4. La sociedad ceretana

Todos estos datos económicos, aunque parciales, parecen reflejar una sociedad ceretana más estratificada de lo que considerábamos hasta hace poco. La existencia de una residencia preeminente en Baltarga —con una posible gestión independiente de la cabaña ganadera estabulada del edificio G—, las diferencias entre es-

pacios domésticos en Castellot, la presencia de un gran espacio con hogares de tipo comunitario o el propio modelo jerarquizado de poblamiento nos hablan de una comunidad característica de la Segunda Edad del Hierro, organizada en torno a linajes preeminentes. Elementos significativos, como un par de pendientes de oro, el uso de caballos de monta o el corpus monetario, parecen indicar la existencia de una élite local, que deberemos esperar a época romanorrepública para identificar con más claridad. La ausencia de necrópolis ceretanas, sin embargo, supone también una dificultad para este tipo de análisis.

Debemos detenernos brevemente en este fenómeno. La presencia en la Cerdanya de contextos materiales propios del Calcolítico (Campaniforme), del mundo del megalitismo o de los llamados Campos de Úrnas, indicativo de la fuerte conectividad de la comarca, contrasta con la ausencia de tumbas de incineración tumulares, propias de comarcas vecinas como el Valle de Arán o incluso el Pallars en el BF-Hierro (Mercadal et al., 2021: 98). Se trata de una ausencia que puede deberse, en parte, a la falta de investigación, pero quizás no solo a ello. El enigmático hallazgo de la Colomina de Bor (siglo VII a. C.), una urna de cerámica local, asociada a un conjunto magnífico de bronzes sin paralelos locales, que incluye un gran pectoral, agujas de cabeza decoradas, brazaletes, colgantes, botones, así como restos de un mínimo de tres recipientes de bronce fragmentados (Gallart et al., 2017), plantea la posibilidad de la existencia de depósitos rituales de metales, quizás con un carácter de cenotafio. Los autores proponen vincular el depósito a una actividad comercial y de reutilización del metal (Gallart et al., 2017:

381). Sin embargo, como ellos mismos mencionan, este tipo de depósitos son habituales en otras áreas europeas, en especial en el sur de Francia, y nos parece excesivamente casual la explicación de la ocultación inesperada de un conjunto destinado a su transporte y posterior fundición. Igualmente, como ocurre en otros casos del sur de Francia, la riqueza del hallazgo permite pensar en personajes ataviados con un ajuar de bronce de gran calidad, indicativo de un nivel social elevado, cuyo depósito en el interior de una urna local sugiere un carácter votivo póstumo de un personaje también local. La opción del cenotafio, y por lo tanto la ausencia de incineraciones tumulares, sería una explicación a la ausencia de necrópolis tanto en el hierro antiguo como en la época ibérica. En este segundo caso, además, la ausencia de necrópolis de incineración ibéricas en buena parte del mundo ibérico del NE peninsular alinearía a los ceretanos con otras comunidades vecinas y coetáneas.

5. Las áreas ceretanas vecinas

Finalmente, en un trabajo sobre el Pirineo oriental debemos hacer referencia a la situación científica en áreas vecinas, donde los trabajos de equipos como el de Josep M. Palet, Héctor Orenge (ICAC) y Santiago Riera (UB) en Andorra, Alt Urgell y Ripollés; el de Ermengol Gassiot (UAB) en el Parc Nacional d'Aigües Tortes; el de Albert Pèlachs (UAB) en Burg o Vall d'Aran, o los algo anteriores de Guy Jalut y Didier Galop en la vertiente norte (Alta Cerdanya, Capcir, Aude y Ariège), han permitido arrojar luz sobre áreas altimontanas hasta hace pocos años desconocidas (figura 6). Una buena síntesis de

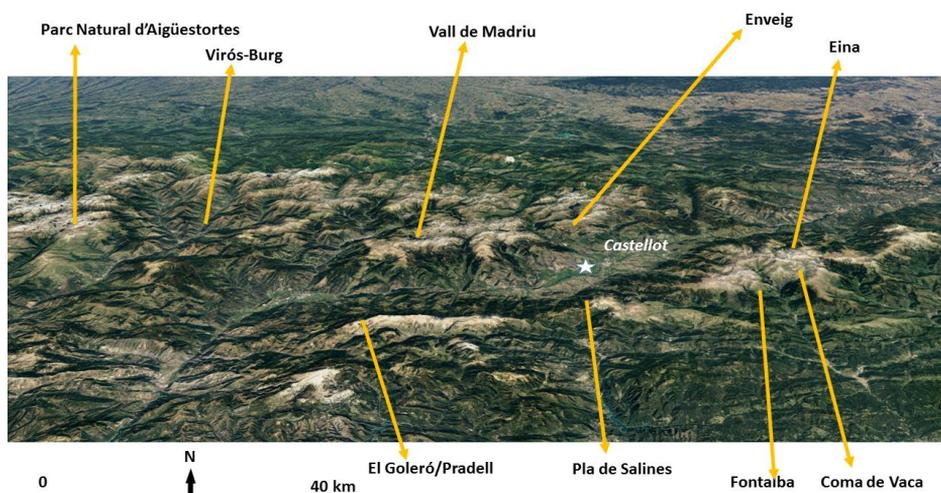


Figura 6. Principales zonas de estudio del Pirineo oriental mencionadas en el texto.

esta evolución la podemos encontrar en la tesis de Jordi Morera, que destaca la diversidad de evoluciones paleoambientales en las diferentes áreas, incluso con notables diferencias microrregionales (Morera, 2017: 383 y s.). Para el periodo ibérico, y a partir de las publicaciones más recientes de estos equipos, es posible vislumbrar una escasa presencia antrópica en estas áreas altimontanas, especialmente si se contrasta con la situación en periodos anteriores, tanto durante el Neolítico como durante la Edad del Bronce y del Hierro I. Quizás una de las excepciones sería el área de Madriu (Andorra), donde los trabajos de Ana Ejarque se refieren a indicios de deforestación e incremento de indicadores ganaderos en torno al siglo III a. n. e. (Ejarque, 2013: 144). Hecha esta excepción, los trabajos de prospección y excavación arqueológica, y su combinación con estudios paleoambientales, han permitido documentar una reforestación en estas áreas altimontanas,

con un descenso de la actividad antrópica y una prácticamente absoluta ausencia de yacimientos del periodo. La identificación de «vacíos» es siempre compleja en el terreno arqueológico, puesto que la falta de estudios o el azar pueden a veces modificar nuestra percepción. Sin embargo, es cierto que en todas estas áreas vecinas tanto los datos paleoambientales como los de poblamiento parecen marcar una gran diferencia con el área de la Cerdanya, de manera que la especificidad ceretana parece mantenerse.

6. ¿Una comunidad culturalmente ibérica?: la cultura material y el corpus de grabados ibéricos rupestres

Más allá de las pautas territoriales, que las podemos emparentar con el modelo del *oppidum* ibérico, las dimensiones demográficas y productivas del mundo ceretano denotan notables diferencias con

el mundo ibérico litoral y prelitoral. Lejos de *oppida* de 2 o 3 ha, relativamente frecuentes entre el mundo ilergete, ausetano o lacetano, el Castellot supera por poco la media hectárea. El uso de silos sí que es un rasgo común a muchas de estas comunidades (con la única excepción de los ilergetes), y está bien documentado entre los ceretanos (aunque tan solo en el yacimiento central del Castellot, no en el resto), al igual que el tipo de muros de alzado en arquitectura de tierra. Por lo que respecta a la cultura material, algunos elementos se corresponden bien con la tradición ibérica, como uso extenso de molinos rotatorios, de herramientas de hierro, de torteras y *pondera* para el tejido, etc.

Sin embargo, un elemento rompe con esta uniformidad, como es la ausencia de producciones cerámicas a torno entre los ceretanos, y la gran preponderancia (cerca al 90%) de la cerámica a mano en todos sus usos: como cerámica de cocina (ollas, cazuelas), de mesa (copas y cuencos) y de almacenaje (jarras tinaja). No existen producciones locales a torno, ni de vajilla fina ni de ánfora (un elemento tan absolutamente característico de la cultura material ibérica), lo que parece responder a una tradición identitaria local. En cambio, sus cerámicas a mano imitan con fidelidad formas de piezas de importación (como páteras o copas), que sin duda conocieron. No creemos que los ceretanos, que importaban productos procedentes de territorios cercanos donde la cerámica a torno era mayoritaria, no conocieran la técnica del torno. Más bien creemos que su no utilización responde a una modesta producción cerámica, probablemente de tipo doméstico, que haría innecesaria la fabricación a torno más estandarizada. El vo-

lumen necesario, la demanda, podía ser perfectamente satisfecha en un marco de producción doméstico. Ello, indirectamente, también puede constituir un buen indicador de la magnitud de la economía y la demografía ceretana.

En cualquier caso, como ha demostrado el trabajo de Morera (2017: 837), la cerámica ceretana, aunque con claros orígenes en las formas y las decoraciones del BF y primera Edad del Hierro, tiene una identidad propia, diferenciada, donde predominan decoraciones sencillas y poco abarrotadas, marcando un tipo de producciones cuyos paralelos más cercanos los encontramos en la cerámica a mano de la Catalunya central, en el pre-Pirineo. Así, en el mundo ceretano perviven del periodo anterior las ollas y las urnas con perfil en forma de S, las jarras de perfil recto, los grandes vasos bicónicos, los cuencos y los platos tapadora. Aparecen sin embargo nuevas formas, como las copas, las tapadoras y los crisoles. A nivel de decoración también hay cambios importantes. Aunque perviven los cordones con impresiones digitales y escasas unguilaciones, desaparecen completamente las largas incisiones, las decoraciones en el labio de las jarras y las acanaladuras concéntricas en su interior. Por el contrario, aparecen decoraciones como los cordones con incisiones, las cenefas incisas (verticales, oblicuas, divergentes y separadas) o los cordones con mamelones o pinzamientos. Podemos hablar en este sentido de una *facies* propia ceretana, diferenciada de la fase anterior, que continuará en los siglos II y I a. n. e., y que es difícil de comparar con otras áreas ibéricas, precisamente debido a la ausencia de producciones a torno.

Esta identidad en la cultura material presenta un complemento que ayuda a

caracterizar el mundo ceretano, un elemento que destaca por su especificidad y su importante trascendencia a nivel histórico y cultural. Se trata del corpus de grabados de textos ibéricos sobre roca, único en el mundo ibérico por su volumen, que alcanza un total de 45 rocas, con 160 conjuntos y 1.650 signos. Los trabajos pioneros de Pierre Campmajo (2012), y su continuidad por parte de Joan Ferrer (2020), han permitido delimitar dos horizontes de escritura, uno anterior al siglo II a. n. e. (posiblemente de los siglos IV a III a. n. e.) realizado en signario dual (un 55% de las inscripciones), y uno de los siglos II y I a. n. e. ya realizado en signario no dual (un 45% de las inscripciones). Básicamente aparecen antropónimos (de clara filiación ibérica en su mayor caso), teónimos, y se conocen 5 abecedarios. Ello indica un carácter votivo para los conjuntos, que se acentúa por su ubicación (a media montaña), el pequeño tamaño de las letras (ilegibles a poca distancia) y la coexistencia en el espacio con inscripciones votivas latinas y medievales.

A pesar de lo poco que podemos extraer de estos datos, es interesante identificar un teónimo, *urda*, que parece corresponderse al vasco *urde*, ‘cerdo (jabalí)’, lo que tendría especial sentido entre los ceretanos (Ferrer, 2020).

Dado que buena parte de estos grabados fueron conocidos antes de nuestros trabajos arqueológicos en el Castellot, y por lo tanto previamente a la identificación arqueológica de un mundo ceretano estructurado en torno a *oppida* de clara filiación ibérica, inicialmente estos grabados se consideraron como un reflejo del paso de grupos ibéricos por zonas no iberizadas, siguiendo rutas transpirenaicas trashumantes. Posteriormente se in-

terpretaron como la llegada, ya en época republicana, de poblaciones ibéricas de las áreas litorales y prelitorales buscando refugio en la montaña ante la presión romana. Sin embargo, la cronología prerromana de buena parte del corpus ceretano (sistema dual) y la identificación del mundo iberoceretano han permitido una interpretación más sencilla y razonable: se trata de un hábito de escritura propio de la comunidad ceretana, una comunidad lingüísticamente y culturalmente ibérica desde —como mínimo— el siglo IV a. n. e. y hasta mediados del siglo I a. n. e. Los antropónimos identificados, y el conjunto de teónimos —con claros paralelos en el mundo ibérico nororiental— no dejan lugar a dudas sobre el carácter ibérico de los ceretanos.

7. Los ceretanos y las civitates vecinas

Debemos descender a zonas más bajas, como el Solsonés (Asensio et al., 2020), Osona (Ausetania) (Rocafiguera, 2020) o la Conca de Tremp (con Isona y Llíria) como yacimientos más significativos [Garcés, 2014: 63], para identificar sociedades urbanas o protourbanas de tipo ibérico, mucho más desarrolladas a nivel urbanístico que las que hemos identificado en el área de la Cerdanya. Por lo que respecta a la relación con el mundo ilergete, es poco significativa si tenemos en cuenta su reducida influencia en la cultura material ceretana, de manera que parece existir un salto territorial importante entre las comunidades ceretanas pirenaicas y el resto, aunque el mapa étnico es aún muy hipotético (Olesti, 2020).

Es evidente que estos dos modelos debían estar en contacto y que los recur-

sos de la alta montaña (madera, lana, pastos, ganadería, ¿metales?) debían interesar a los pueblos peripirenaicos, a la vez que para los ceretanos debían serlo algunos productos procedentes de estas zonas (importaciones mediterráneas y sal, entre los más evidentes). Es en este sentido interesante la cercanía —indicada también por la identidad ausoceretana que menciona Avieno— entre ceretanos y ausetanos, que no solo tenían un contacto relativamente fácil a través de la collada de Toses-Ripollès, sino que también presentan algunos paralelos en la cultura material (cerámicas a mano) y en la tradición de inscripciones rupestres (Ferrer, 2020). Por lo que respecta a la trashumancia, el contacto Lacetanos-Berguistanos con los ceretanos es más que probable dados los nuevos datos isotópicos de St. Esteve d'Olius y Baltarga. Ello demuestra la diversidad y complementariedad de recursos que estas comunidades explotaron, más allá incluso de sus propios límites territoriales, lo que implicó sin duda acuerdos o tratados de interés mutuo, aunque no puede descartarse tampoco la existencia de relaciones de dependencia territorial e intercambios tributarios.

Por lo que respecta a la vertiente norte, hoy por hoy la gran desconocida, yacimientos como el *oppidum* de Mayne (Belestar, Ariège) podrían delimitarnos el alcance del mundo ceretano respecto a la cara norte pirenaica, pero todavía los datos son escasos y no nos permiten pronunciarnos. Lo poco que se conoce de Mayne parece apuntar al mundo galo del istmo aquitano, más que a las propias tradiciones pirenaicas, si bien la ubicación del yacimiento en una vía transpirenaica importante y la existencia de yacimientos de cobre y hierro en la zona podrían replantear la interpretación.

8. Algunas valoraciones finales

De todos estos datos, y sin perder de vista los aspectos metodológicos que vertebran este trabajo, se desprenden algunas conclusiones.

1. La Cerdanya parece marcar una evolución histórica notablemente diferente de otras zonas del Pirineo oriental. No solo a nivel de pautas de poblamiento muestra el desarrollo de un sistema comparable al «modelo del *oppidum*» típico de comunidades protourbanas, sino que presenta todos los indicios para vincular este cambio a un fenómeno de sinecismo poblacional: incremento de la producción agrícola y ganadera, explotación complementaria de los territorios del llano y la media montaña ceretana, y un menor interés respecto a periodos anteriores en las áreas altimontanas. Incluso empezamos a documentar el uso de áreas de pasto de invierno en cotas bajas, fuera de sus tradicionales límites territoriales.

2. Sin la excavación en extensión de los yacimientos ceretanos conocidos no habría sido posible la identificación de este nuevo modelo. Poco tienen que ver las pequeñas agrupaciones de cabañas rectangulares del periodo BF-Hierro con los establecimientos del periodo ceretano, a pesar de que parece clara la continuidad ocupacional en algunos de ellos. La complejidad social y económica que muestran los *oppida* y los yacimientos ceretanos, con formas diversas de concentración del excedente, de sistemas defensivos, de apropiación de los recursos agrícolas y ganaderos, así como de manifestaciones arquitectónicas, poco tiene que ver con la de la fase anterior, aparentemente más homogénea. No dudamos de la existencia de desigualdades durante la fase previa al siglo VI a. n. e. (el mismo conjunto de Bor

la refleja —Gallart et al., 2017—), pero su génesis y articulación no responden aún al fenómeno protourbano, como lo será en época ceretana. Solo un extenso y persistente esfuerzo de excavaciones en extensión puede permitir este tipo de análisis.

3. Ello nos lleva a otro problema: la dificultad para realizar una aproximación demográfica a las sociedades que estudiamos. Si, como indicamos, muchos yacimientos solo son conocidos por materiales superficiales o pequeños sondeos, ¿es suficiente el mapa de distribución de yacimientos para evaluar su entidad demográfica y sus posibles cambios? Parece claro que el proceso de iberización comportó una concentración del poblamiento y, como sucedió en otras áreas del NE, este proceso se acompañó también de un crecimiento demográfico y productivo. En el área de la Cerdanya ello también parece claro. Los trabajos de Jordi Morera han documentado un centenar de yacimientos del Primer Hierro (siglos VIII a v a. n. e.), que se reducen a unos 25 en la fase de los siglos IV y III a. n. e. (Morera, 2017). Pero un proceso de sinecismo de este tipo es más difícil de identificar en otras regiones pirenaicas, donde, si bien los datos paleoambientales muestran indicios de incremento de antropización, no es posible cotejarlo con los hábitats, hoy por hoy desconocidos. Resulta complicado valorar una comunidad histórica sin conocer mínimamente la diversidad de establecimientos que configuran sus pautas territoriales.

4. Como ocurre frecuentemente en los estudios históricos de territorio, solo al final del proceso analítico es posible saber si el área seleccionada era pertinente para responder a las preguntas que nos habíamos planteado. En otras palabras, y

para el caso que nos ocupa: ¿es la Cerdanya un área coherente para estudiar el mundo ceretano, o deberíamos incluir en nuestro estudio otras zonas pirenaicas necesarias para explicar la complejidad de esta comunidad de la Segunda Edad del Hierro? La respuesta no es sencilla. La marcada diferencia entre lo documentado en el área estricta de la Cerdanya respecto a otras zonas del Pirineo oriental, tanto a nivel arqueológico como paleoambiental, parece caracterizar un mundo ceretano bastante concentrado alrededor de esta zona central (quizás con pequeñas extensiones en áreas tan cercanas como el Mardriu o en parte del Valle de Núria y el Canigó). Sin embargo, los indicios que empezamos a conocer de pequeños desplazamientos del ganado hacia áreas cercanas podrían hacer necesario un paradigma más amplio, que incluya a pueblos vecinos prepirenaicos en el propio modelo ceretano (Messana et al., 2023b). Lo mismo deberíamos preguntarnos en las regiones vecinas, donde los indicios del periodo ibérico son escasos: ¿se trata de áreas vinculadas a otras comunidades de la Segunda Edad del Hierro, con modelos diversos del ceretano, o quizás aún no somos capaces de entender sus formas de explotación para este periodo? Las comunidades del Solsonés, por ejemplo, cada vez mejor caracterizadas (Asensio et al., 2020), ¿deberían proyectarse también hacia las áreas altimontanas?, ¿podrían corresponder al potente mundo berguistano que aparece en las fuentes antiguas? La iberización incipiente que se documenta en las tierras bajas del Pallars, ¿podría explicar algunos cambios en las áreas altas de la comarca? Hoy por hoy, la cuestión queda por responder.

5. Vinculado a este debate, la propia ocupación —muy limitada en época ibé-

rica— de las áreas altimontanas debe llevarnos a realizar reflexiones similares. La ocupación de pequeñas cabañas por encima de los 2.000 m debe formar parte de un sistema histórico y territorial más amplio, que debe ser analizado de forma conjunta. Cabañas como el Orri d'en Corbill tienen sentido integradas en un sistema político-territorial que encuentra en los *oppida* su centro de gravedad, centros establecidos a una cota 1000 metros por debajo. Solo a la luz de las formaciones sociales que crean y gestionan los *oppida*, es decir, las *civitates* o ciudades-estado protourbanas, podremos entender el rol productivo y social de las pequeñas estructuras altimontanas y de sus pobladores.

6. La diacronía sin duda es una herramienta clave en nuestro análisis, pero la diacronía debe establecerse a partir de hitos coherentes, no solo a nivel de precisión cronológica (y aquí las dataciones C14, en especial de registros paleoambientales, no siempre son suficientes...), sino también a nivel de fases históricas. Las grandes etapas reflejadas a veces en la arqueología del paisaje (Edad del Hierro, Edad del Bronce...) son poco operativas, cuando en el interior de estas fases las diferencias y los fenómenos históricos se suceden con tal complejidad que la unificación en una etapa unitaria solo puede conducir a una pretendida «continuidad», en ningún caso reflejada en el registro documental. Las fases de ruptura son tan importantes como los fenómenos de continuidad.

7. El objeto final de nuestros estudios es la interpretación de los fenómenos históricos, por lo tanto, sociales y económicos, que protagonizaron las sociedades antiguas, en este caso las ceretanas. Sin duda la explotación de los recursos, y su impacto sobre el paisaje, es un documen-

to de primer orden para la elaboración de esta interpretación histórica, pero no es suficiente. Debemos analizar, más allá de las formas de ocupación y transformación del paisaje, las estructuras sociales de producción, las estrategias de reproducción de los privilegios, el rol de la escritura y de sus creencias, los mecanismos de control de unos grupos sociales sobre otros, la génesis de los grupos preeminentes, los procesos de explotación del trabajo social, etc. En otras palabras, no podemos estudiar el paisaje ceretano sin vincularlo a las propias relaciones de producción de estas comunidades. De otro modo, elaboramos una historia del paisaje, pero no una historia social del paisaje, el objetivo final de todo estudio histórico.

8. No querríamos terminar esta reflexión sin hacer alguna referencia a la problemática cronológica que afecta a algunos yacimientos, especialmente altimontanos, que solo han podido ser excavados de manera limitada por las lógicas dificultades de los trabajos en altura. Por un lado, la excavación de estructuras completas es escasa, y más aún la excavación en una extensión significativa de los conjuntos de estructuras. Ello supone que en algunos casos la interpretación sincrónica de los conjuntos sea hipotética, puesto que no se ha podido contrastar en todas y cada una de las estructuras. A ello debemos añadirle el problema de la dificultad en identificar estratigrafías fiables en estas estructuras, donde a veces en escasos centímetros se suceden ocupaciones muy diversas, y donde la potencia de los estratos arqueológicos es mínima. Teniendo en cuenta la larga pervivencia de la ocupación en muchos de estos puntos, ello dificulta la verdadera identificación de cada conjunto en su espacio temporal, algo necesario si queremos conocer con

detalle la función o las características de cada establecimiento en cada fase. También es problemática la valoración del grado de ocupación de estos establecimientos, teniendo en cuenta la escasa sedimentación que se produce en ellos, con estratigrafías poco desarrolladas debido a los propios procesos deposicionales a estas cotas. La escasez de materiales arqueológicos que caracteriza a estas ocupaciones altimontanas no permite, como sucede en las excavaciones en el llano ceretano, identificar secuencias de ocupación bien datadas, por lo que, en general, bien por identificación de materiales y, sobre todo, por dataciones radiocarbónicas, se obtienen cronologías puntuales de ocupación, pero ello no implica secuencias de continuidad. En otras palabras, es difícil normalmente valorar la continuidad o la brevedad de una ocupación. Cuando queremos valorar pautas de comportamiento y sistemas de producción, esta diferencia es importante.

Evidentemente, esta dificultad se ve en buena parte compensada por los estudios multiproxy realizados por los equipos que trabajan en áreas altimontanas, donde se analiza también el impacto medioambiental de estas ocupaciones co-

etáneas. Sin embargo, aquí debemos volver al problema de las dataciones radiocarbónicas que antes mencionábamos, así como al rango amplio de dataciones que ofrecen las secuencias paleoambientales. No se trata de cuestionar su validez, sino de tener en cuenta las dificultades para precisar estos episodios en el marco de unas cronologías históricas bien definidas. De otro modo, la mera identificación de ocupaciones y de cambios en la cobertura vegetal de un área puede llevar a la impresión de una continuidad en las formas de explotación de estas áreas a lo largo de un vasto periodo de tiempo, cuando en realidad las formas sociales que explotan estas mismas áreas responden a sistemas económicos y políticos muy diferentes. Solo integrando estos datos en un marco histórico de referencia podremos realmente avanzar un paso más, identificando los sistemas de ocupación de las áreas pirenaicas (altimontanas y de fondo de valle), así como su vinculación con las áreas peripirenaicas, de forma coherente e inteligible. En otras palabras, evitar la simple historia del paisaje para centrarnos en el devenir de sus pobladores, una historia de los paisajes históricos y sociales pirenaicos.

Referencias bibliográficas

- ALCALDE, G.; MOLIST, M.; TOLEDO, A. (1994). *Procés d'ocupació de la bauma del serrat del Pont (La Garrotxa) a partir del 1450 AC*. Olot: Museu Comarcal de la Garrotxa.
- ARGENTE OLIVER, J. L.; DÍAZ, A.; BESCOS, A. (2000). *Tiermes V. Carratiermes necrópolis celtibérica. Campañas 1977 y 1986-1991*. Memorias. Arqueología en Castilla y León, 9. Valladolid.
- ASENSIO, D.; CARDONA, R.; MORER, J.; GIL, B.; BONVEHÍ, L.; CANTERO, F.; POU, J. (2020). «El Solsonès en època d'Anníbal: El poblament ibèric a la zona durant el segle III aC (300-180 aC)». *Treballs d'Arqueologia*, 24, 63-83.
<<https://doi.org/10.5565/rev/tda.121>>

- BERROCAL, A. (2021). «Què ens diuen les plantes?: Alimentació, agricultura i paisatge al Castellot de Bolvir i el Tossal de Baltarga». En: ALIAGA, S.; GASCÓN, C.; MERCADAL, O.; OBIOLS, L.; OLESTI, O.; SIMÓN, E. (eds.). *Història de la Cerdanya*. Girona: Diputació de Girona, 192-194. *Història de les Comarques Gironines*, VII.
- CAMPMAJÓ, P. (1983). *Le site préhistorique de Llo (Pyrenées Orientales)*. Perpignan: Université de Perpignan.
- (2012). *Ces pierres qui nous parlent. Les gravures rupestres de Cerdagne des Ibères à l'époque contemporaine*. Perpignan: Trabucaire Editions.
- CAMPMAJÓ, P.; RENDU, C.; CRABOL, D.; BOUSQUET, D.; LUAULT, N. (2017). «Les ressources minérales et végétales de la Cerdagne orientale: Bois, mines, fours à chaux, charbonnières et sites de transformation des minerais: L'apport de l'archéologie». *Treballs d'Arqueologia*, 21, 65-76.
<<https://doi.org/10.5565/rev/tda.60>>
- COLOMINAS, L. (2008). «Els animals en el conjunt de les pràctiques socials desenvolupades a l'establiment rural de Mas Castellar (Pontós, Girona)». *Cypsela*, 17, 219-230.
- (2018). *Informe preliminar de l'estudi de les restes arqueozoològiques de l'Edifici G, Tossal de Baltarga*. [Inédito.] Tarragona: ICAC.
- COLOMINAS, L.; EVIN, A.; BURCH, J.; CAMPMAJÓ, P.; CASAS, J.; CASTANYER, P.; CARRERAS, C.; GUARDIA, J.; OLESTI, O.; PONS, E.; TREMOLEDA, J.; PALET, J. M. (2019). «Behind the steps of ancient livestock mobility in Iberia: New insights from a Geometric Morphometric approach». *Archaeological and Anthropological Sciences*, 11 (9), 4971-4982.
- COLOMINAS, L.; PALET, J. M.; GARCIA-MOLSOSA, A. (2020). «What happened in the highlands?: Characterising Pyrenean livestock practices during the transition from the Iron Age to the Roman period». *Archaeological and Anthropological Sciences*, 12, 69-80.
- COLOMINAS, L.; PORTILLO, M.; SISA-LÓPEZ DE PABLO, J.; BERROCAL, A.; GALLEGÓ-VALLE, A.; LÓPEZ-BULTÓ, O.; MESSANA, Ch.; MORERA, J.; OLLER, J.; TORNERO, C.; OLESTI, O. (2023). «Livestock management at the Late Iron Age site of Baltarga (eastern Pyrenees): an integrated bio-geoarchaeological approach». *Archaeological and Anthropological Sciences*, 15 (159), 1-19.
- EJARQUE, A. (2013). *La alta montaña pirenaica. Génesis y configuración holocena de un paisaje cultural: Estudio paleoambiental en el valle del Madriu-Perafita-Claror (Andorra)*. Oxford: Archaeopress. BAR International Series.
- FERRER, J. (2020). «Urdal: Une nouvelle inscription rupestre ibère à Ger (Cerdagne) avec une possible divinité zoomorphe liée au sanglier». *Sources*, 7, 17-28.
- FERRER, J.; VELAZA, J.; OLESTI, O. (2018). «Nuevas inscripciones rupestres latinas de Ocejja y los *IIIviri* ibéricos de Iulia Lybica». *Dialogues d'Histoire Ancienne*, 44 (1), 169-195.
- GALLART, J.; FÀBREGAS, M.; MONTERO, I.; MERCADAL, O. (2017). «El dipòsit de bronzes de la Colomina de Bor (Bellver de Cerdanya, la Cerdanya)». *Tribuna d'Arqueologia 2016-2017*, 362-384.
- GALOP, D. (2000). «La croissance médiévale sur le versant nord des Pyrénées à partir des données palynologiques». *Villages Pyrénéens: Morphogénèse d'un habitat de montagne*. Tolosa: Presses Universitaires du Midi, 45-54.
- (2006). «Les transformations de l'environnement Pyrénéen durant l'Antiquité: L'état de la question à la lumière des données polliniques». *L'Aquitaine et l'Hispanie Septentrionale à l'époque Julio-Claudienne*. Saintes-Bordeaux, 317-327.
- GARCÉS, I. (2014). «El sitjar ibèric dels Llírians-el Mas les Torres». En: GARCÉS, I.; REYES, T. *Aeso, d'oppidum ibèric a municipium romà: Isona, Pallars Jussà*. Barcelona: Societat Catalana d'Arqueologia, 63-65.
- GARCÍA CASAS, D.; GASSSIOT, E. (2022). «The Archaeology of Pastoralism in the Central Pyrenees: A Diachronic Analysis of Livestock Structures in Aigüestortes i Estany de Sant Maurici National Park». *Journal of Mediterranean Archaeology*, 35 (1), 5-31

- GARCÍA-GARRIDO, M. (2016). «Hallazgos de dracmas ampuritanas en Bellver de Cerdanya». *Acta Numismática*, 46, 78-80.
- GASSIOT, E.; PÉLACHS, A. (2017). «La ocupación ganadera de los Pirineos occidentales de Catalunya en época romana e inicios de la Edad Media». *Treballs d'Arqueologia*, 21, 287-306.
<<https://doi.org/10.5565/rev/tda.71>>
- GUÀRDIA, J. (2018). *El fòrum romà de Iulia Libica i l'arqueologia urbana de Llívia (Cerdanya)*. [Tesis doctoral inédita.] Universitat Autònoma de Barcelona: ICAC.
- JALUT, G. (1974). *Evolution de la végétation et variations climatiques durant les quinze derniers millénaires de l'extrémité orientale des Pyrénées*. Tolosa: Université Paul Sabatier.
- KNOCKAERT, J. et al. (2018). «Mountain adaptation of caprine herding in the eastern Pyrenees during the Bronze Age: A stable oxygen and carbon isotope analysis of teeth». *Quaternary International*, 484, 60-74.
<<https://doi.org/10.1016/j.quaint.2017.05.029>>
- LLOVERA, X. (1995). *Muntanyes i població: El passat dels Pirineus des d'una perspectiva multidisciplinària*. Andorra la Vella: Centre de Trobada de les Cultures Pirinenques.
- LUAULT, N. (2018). «Un bâtiment du haut Moyen Âge sur le site de Coume Pairounell (Cerdagne, Pyrénées-Orientales) Premiers résultats». *Sources: Les Cahiers de l'Âne Rouge*, 6, 97-112.
- (2020). *Entre ville et montagne: Habitat, peuplement et terroirs dans les Pyrénées de l'Est de l'Antiquité tardive au Moyen Âge (Cerdagne, IIIe-XIIIe siècle)*. [Tesis doctoral] Tolosa: Université Jean-Jaurés.
- MANGADO, X.; FULLOLA, J. M.; MERCADAL, O. (2015). «Montlleó i les evidències de les ocupacions paleolítiques a la Cerdanya». *Primeres Jornades d'Arqueologia i Paleontologia del Pirineu i Aran*. Lleida: Diputació de Lleida, 88-95.
- MERCADAL, O.; CAMPO, M. (2009). «Aproximación a la circulación monetaria en la Cerdanya (siglo III a.C.-mediados siglo I d.C.)». *XIII Congreso Nacional de Numismática*. Cádiz, 353-367.
- MERCADAL, O.; MORERA, J.; CAMPMAJÓ, P.; CABROL, D. (2021). «Del bronze final a la primera edat del Ferro». En: ALIAGA, S.; GASCÓN, C.; MERCADAL, O.; OBIOLS, L.; OLESTI, O.; SIMÓN, E. (eds.). *Història de la Cerdanya*. Girona: Diputació de Girona, 192-194. *Història de les Comarques Gironines*, VII, 98-105.
- MERCADAL, O.; OLESTI, O. (2005). «La Cerdanya: Transformacions d'un poble i d'un paisatge pirinenc». *Protohistoria et antiqua Historia Pyrenaica*, 181-274.
- MESSANA, Ch.; TORNERO, C.; COLOMINAS, L. (2023a). «Choose what suits you the best: reproductive patterns and livestockmanagement in the Iron Age Iberian Peninsula (3rd c. BC)». *Archaeol. Anthropol.*, 15, 56.
- MESSANA, Ch.; TORNERO, C.; MADGWICK, R.; LAMB, A.; EVANS, J.; COLOMINAS, L. (2023b). «Between valleys, plateaus, and mountains: unveiling livestock altitudinal mobility in the Iron Age Iberian Peninsula (3rd c. BC) through a multi-isotope approach». *Frontiers in Environmental Archaeology*, 2.
<<https://doi.org/10.3389/fearc.2023.1245725>>
- MORERA, J. (2017). *Territori i poblament de la Cerdanya a l'Antiguitat: La iberització i romanització de la Vall Cerdana*. [Tesis doctoral inédita] Universitat Autònoma de Barcelona.
- MORERA, J.; OLLER, J.; OLESTI, O. (2020). «La Cerdanya i els ceretans en el marc de la Segona Guerra Púnica». *Treballs d'Arqueologia*, 24, 107-126.
<<https://doi.org/10.5565/rev/tda.114>>
- OLESTI, O. (2020). «El Pirineu Oriental en el marc de la Segona Guerra Púnica (218-202 a. n. e.): Una nova perspectiva». *Treballs d'Arqueologia*, 24, 7-40.
<<https://doi.org/10.5565/rev/tda.120>>
- OLESTI, O.; MERCADAL, O. (2005). «La iberización del Pirineo Oriental y la filiación étnica de los ceretanos». *X Coloquio Internacional sobre Lenguas y Culturas Paleo-Hispánicas*. Barcelona, 230-245.

- (2017). «L'exploració dels territoris pirinencs orientals en època antiga (s. VI-I a. n. e.)». *Treballs d'Arqueologia*, 21, 9-47.
<<https://doi.org/10.5565/rev/tda.69>>
- OLESTI, O.; MERCADAL, O.; GUÀRDIA, J. (2014). «El fin del sueño urbano en Iulia Lybica (Llívia, Cerdaña)». En: RAMALLO ASENSIO, S. F.; QUEVEDO SÁNCHEZ, A. (eds.). *Las ciudades de la Tarraconense oriental entre los s. II-IV d.C.: Evolución urbanística y contextos materiales*. Murcia: Universidad de Murcia, 61-88.
- OLLER, J.; MORERA, J.; OLESTI, O. (2018). «Los ceretanos y la iberización del Pirineo oriental (s. IV-III a. n. e.): Una nueva aproximación histórica y arqueológica». *Archivo Español de Arqueología*, 91, 181-202.
- PALET, J. M.; GARCIA, A.; ORENGO, H.; POLONIO, T. (2016). «Ocupacions ramaderes altimontanes a les capçaleres del Ter (Vall de Núria i Coma de Vaca, Queralbs): Resultats de les intervencions arqueològiques 2010-2015». *XIII Jornades d'Arqueologia de les Comarques de Girona*. Banyoles, 67-76.
- (2017). «Els espais altimontans pirenaics orientals a l'Antiguitat: 10 anys d'estudis en arqueologia del paisatge del GIAP-ICAC». *Treballs d'Arqueologia*, 21, 77-97.
<<https://doi.org/10.5565/rev/tda.59>>
- PÈLACHS, A.; PÉREZ-OBÍOL, R.; SORIANO, J. M.; PÉREZ-HAASE, A. (2016). «Dinàmica de la vegetació, contaminació ambiental i incendis durant els últims 10.000 anys a la Bassa Nera (Val d'Aran)». *X Jornades sobre Recerca al Parc Nacional d'Aigüestortes i Estany de Sant Maurici*. Espot: Generalitat de Catalunya, 75-87.
- PORTILLO, M.; SISA-LÓPEZ DE PABLO, J.; MORERA, J.; OLLER, J.; OLESTI, O. (2023). «Animal Indoor Penning in the Eastern Pyrenees: The Case-study of Late Iron Age Tossal de Baltarga, Cerdanya». *Environmental Archaeology*, 28 (6), 1-17.
- QUERALT, I.; OLESTI, O. (2016). «Preliminary XRD-XRF screening of metallic objects found in archaeological excavations at Pyrenees Mountains». Poster. *XV Latin American Seminar of Analysis by X-Ray Techniques. III School of Archaeometry*. Petrópolis, del 18 al 23 de setembre de 2016.
- RAFEL, N. (2007). «El textil como indicador de género en el registro funerario ibérico». *Treballs d'Arqueologia*, 13, 115-146.
- RENDU, Ch. (2003). *La Montagne d'Enveig: Une estive pyrénéenne dans la longue durée*. Perpignan: Trabucaire.
- RICO, Ch. (1997). *Pyénées Romaines: Essai sur un pays de frontière*. Madrid: Casa de Velázquez.
- ROCAFIGUERA, M. (2020). «Els ausetans a la Segona Guerra Púnica: el paper de les terres del curs mitjà del riu Ter en el conflicte». *Treballs d'Arqueologia*, 24, 85-106.
<<https://doi.org/10.5565/rev/tda.119>>
- TARIFA, N. (2020). *Informe preliminar: Análisis de los residuos preservados en los recipientes cerámicos del Tossal de Baltarga (Bellver de Cerdanya)*. [Inédito] Universidad de Estrasburgo.
- VIAL, J. (2009). *Le Pla de la Creu à Bolquère (Pyénées Orientales): Occupation et mise en culture d'un versant de moyenne montagne au cours de premier âge du fer, en Cerdagne. Rapport final d'opération de fouille archéologique*. [Inédito]

